

HUBERT DESCHAMPS: *Peuples et Nations d'Outre-Mer*. París, Dailloz, 1954; 1 vol. de 476 págs.

Concedemos gran atención e importancia a la presente obra, no porque sea de una elevada categoría científica ni revolucionaria por su contenido, sino porque se trata de una clase de libros muy útiles a una gran cantidad de lectores. *Peuples et Nations d'Outre-Mer* pertenece al género de producciones en las que el autor condensa en un espacio estrictamente preciso para su exposición, una gran cantidad de datos, seleccionados con un doble criterio: el de su importancia e interés y el de su modernidad. Ciertamente que respecto a esta última dirección, el tiempo se encarga rápidamente de contrarrestar los designios de «estar a la última». Los lectores han de completar mentalmente los acontecimientos relatados. Pero como el librito que examinamos sólo hace unos meses que se publicó, aún están frescos sus relatos, y en muchos de ellos no hay gran cosa que añadir. También el autor aporta al libro sus opiniones personales y su interpretación de la evolución de los acontecimientos, en parte reproduciendo la exposición que ya hizo en anteriores publicaciones, de las que dimos cuenta en CUADERNOS, así en *L'éveil politique africain* y *La fin des Empires coloniaux*, pertenecientes a la colección *Que sais-je?* Por cierto que la segunda ha sido traducida al español y publicada por la Editorial «Surco», de Barcelona, a pesar del antiespañolismo del autor, para el que la vieja Leyenda Negra colonial antiespañola merece enlazarse con la antipatía que merece nuestra gestión en Marruecos, en su doble calidad de marxista y de chauvinista galo. De esta antipatía quedan rastros en el presente libro, incluso inventando hechos inexistentes, como *les émeutes* del Marruecos Jalifiano en 1947, año en el que no se turbó la tranquilidad existente desde 1927, como todo el mundo sabe, porque alrededor del

exiguo territorio jalfiano no existen telones de acero. Quizás en el subconsciente del autor se confundió aquella zona con la otra más meridional y extensa, donde, en efecto, hubo más que *troubles* en dicho año. En sus ligeras referencias a la colonización española en Filipinas, tampoco expresa gran simpatía. Su antipatía le lleva a colocar a España al lado de Italia y Alemania como país que, por haber salido de la colonización, puede adoptar una actitud liberal respecto de los pueblos emancipados —a contrario sensu habría que deducir que los países que poseen un gran Imperio tienen que adoptar la posición intransigente—, citando el ejemplo inexacto de las relaciones hispano-árabes, puesto que los Estados árabes fueron mandatos o protectorados anglo-franceses, pero no españoles. Por lo demás, a Italia, y hasta 1960, le queda una dependencia, y España *sine lapsus* posee tres; de modo que son Alemania y Japón las borradas del mapa colonial.

A las anteriores críticas, exclusivamente dictadas por nuestro sentir nacional, podríamos añadir otras como simples lectores. El autor da muestras de una explicable, pero exagerada tendencia, a invocar los méritos y los precedentes coloniales de Francia, que por ser muy grandes no necesitan ser ampliados artificialmente. El autor, prudente en general respecto a la apreciación de las tendencias evolutivas de la colonización y de sus desenlaces, consume sus entusiasmos más ruidosos en la política post-colonial de los Soviets en Asia Central, y sobre todo en las obras del difunto José Stalin como Comisario de los Nacionalidades. Ni el más ortodoxo lector de *L'Humanité* se hubiera atrevido al exceso de celo desplegado por el autor, profesor de la Escuela Nacional de la Francia de Ultramar (ex-Colonial) del Instituto de Estudios Políticos de París y del Instituto de Etnología. El mismo texto que examinamos, después de volcar el carro de los elogios, consigna datos que permiten al lector llegar a la conclusión de que en la colonización soviética, como en la de los países capitalistas, hay de todo, bueno y malo, puesto que los hombres que la realizan tienen de todo también: brillantes transformaciones del medio a costa de crueles sacrificios humanos y el predominio de los ex metropolitanos, ahora convertidos en «hermanos mayores» de los ex colonizados, cuyas disconformidades se castigan como herejías contra el leninismo.

Los anteriores reparos no afectan a la validez del conjunto en el

texto ni disminuyen su utilidad. El texto cubre un temario y un espacio muy amplios, aunque convencionalmente delimitados. «De los Imperios a las Naciones» se titula el primer libro de la obra, en el que se estudian los Imperios coloniales en 1939, la evolución de las sociedades coloniales con el nacimiento del nacionalismo y la explicación de las diferentes políticas a la luz de las nuevas fórmulas internacionales, regionales y nacionales. También se estudian los tres grupos de civilizaciones objeto del libro: la negroafricana, la islámica y la sudasiática, recordando en esto a Vignon, cuyo libro *Une politique coloniale* apareció en 1919. Para el autor de esta recensión, es muy comfortable la coincidencia entre varias de las afirmaciones del ilustre profesor Deschamps y varias de las que expuso en su obra *Política Colonial*, publicada en junio de 1953 (y por cierto no citada en esta primera edición de *Peuples et Nations d'Outre-Mer*, respecto a los motivos de la evolución de aquellos pueblos coloniales y a las causas de su desarrollo.

Vienen luego una serie de libros —del II al VIII— sobre los diferentes conjuntos regionales examinados. El primero el N. O. africano (Historia, sociología y política de Marruecos, Argelia, Túnez y más brevemente Libia y Sahara). Africa Occidental y Central (Historia, sociología, colonización, Africa francesa, Africa británica, Liberia y el resto: partes belga, portuguesa y española). Africa del Sur y del Océano Indico (Historia sudafricana, problemas racistas, Africa Central británica y Mozambique, Africa Oriental y Madagascar). Africa Nilótica y Etiópe (Egipto, Sudán, Etiopía-Somalías). Asia del Sudoeste (Arabia, «Creciente Fértil», Irán, Afganistán, Asia Central soviética). Las Indias (país y poblaciones, Historia, Bharat, Pakistán, enclaves y Estados himalayos). Sudeste asiático (poblaciones e Historia, Birmania-Siam, Indochina y Mundo Malayo con Insulindia y Filipinas). Más tres conclusiones al final: 1) que los pueblos de Ultramar han tomado del Occidente las ideas del nacionalismo y de la democracia, adaptándolas a sus realidades; 2) que sus más urgentes necesidades son promoción económica, social e intelectual; 3) que la interdependencia mundial sólo se logrará por la vía de la dignidad. Todo el mundo estará de acuerdo con estas conclusiones, aun lamentando que su enunciación no suponga su aplicación por los mismos que las proclaman. Para una segunda edición del libro sugerimos al autor que complete su estudio con el del Pa-

cífico dependiente, el del Caribe dependiente, el de las zonas glaciales más o menos repartidas y disputadas (Siberia, Corea, Mongolia, Tibet) y quizás el de las políticas indígenas de los pueblos ex coloniales, donde el grupo dirigente criollo se ocupa de los aborígenes y mestizos. El libro resultaría mucho más completo sin alterar exageradamente sus dimensiones.

Con ese mismo deseo de colaborar al perfeccionamiento de la obra para una eventual futura edición, vamos a señalar algunos de los pequeños errores que hemos observado y que —repetimos— no hacen desmerecer el conjunto del texto. Primeramente debería emplearse con precisión y exactitud el léxico colonial británico al tratar de las dependencias de este país: colonias de la Corona, protectorados, Estados protegidos y fideicomisos. O bien colonias —protectorados para lo que Bailey llama «dependencias múltiples», o sea compuestas por varias categorías (como las cuatro de Africa Occidental, Keña, Malaya y ahora el semi-dominio de Africa Central). En el Líbano no sólo hay *maronitas*, aunque éstos sean los católicos que más brillan ante los ojos de Francia; hay melkitas y otros grupos cristianos, más musulmanes sunnitas y chiitas. Von Letzow no se rindió en Mozambique: concertó el fin de su resistencia al conocer el armisticio de 1918 en Rodesia del Norte. La *Nahda* o renacimiento árabe no arranca de la fugaz presencia de Bonaparte en Egipto. Se había iniciado varios lustros antes en Beirut. Los chinos no son mayoría en Malaya. El sultanato de Brunei no ha desaparecido: subsiste al lado de Sarawak y Borneo. Los *chin* son sólo una región, no forman un Estado en Birmania (como los Kachin, Shan y Karen-ni). En Tadyikin hay una región autónoma omitida, Nagorno-Badachtan, de un destacado papel en la irradiación hacia el Sur. Todos los curdos no son sunnitas. Los «Estados Unidos de Indonesia» no eran al principio cinco, sino tres: la «Republika», Borneo y el Gran Este; luego fueron hasta diez y siete.

JOSÉ M.^a CORDERO TORRES

CARIDAD ROBLES MENDO: *Antropología de la mujer marroquí musulmana*. Instituto General Franco. Tetuán, 1953; 142 páginas, 11 figuras.

Se trata, fundamentalmente, de un trabajo apresurado. Para quien, como le ocurre a la doctora Robles, desconoce la realidad marroquí (la autora ha permanecido totalmente alejada del país desde su infancia) resulta difícil obtener en pocos días los elementos necesarios para una obra de cierta seriedad, máxime cuando, en lugar de limitarse a una monografía regional o comarcal, se pretende abarcar el conjunto del país.

Primeramente debemos hacer constar que es difícil llegar a discernir hasta dónde llega el desconocimiento de las medidas estadísticas o parámetros de las distintas distribuciones somáticas en que se basa este libro. Habla la autora del «procedimiento que se conoce con el nombre de «distribuciones de frecuencias» que empleo en trabajos anteriores» (pág. 43). Este párrafo es ininteligible. A continuación escribe las fórmulas

$$M_1 = \frac{E(F \pm M)}{n^0} \quad \text{y} \quad M_2 = \frac{(F \times M)}{n^0}$$

que parece quieren decir los momentos de primero y segundo orden por expresar seguidamente la fórmula de la varianza

$$\sigma = \sqrt{M_2 - M_1^2}$$

estando totalmente equivocadas, ya que, aun sin saber lo que quiere decir F y M, porque la autora no lo explica, los momentos mencionados no se pueden expresar de esa forma. Y estas fórmulas son la base de todos los cálculos del libro. Además, en casi todos los cuadros escribe unos Max. y Min. que deben querer significar valores máximos y mínimos de los parámetros aludidos; pero jamás se puede hablar en Estadística de valores máximos y mínimos sin ir expresados en términos de probabilidad. Por si esto fuera poco, al penúltimo capítulo lo titula «Correlaciones», sin que exprese en todo él un solo coeficiente de correlación o regresión. Es lamentable que prestándose, hoy en día, tanta atención a la Estadística, base del li-

bro que nos ocupa, se desconozca por los propios doctores en diversas disciplinas el alcance e importancia de sus aplicaciones.

Con relación a otros temas que enfoca, el criterio que se ha forjado no puede ser más apresurado, y de esto se derivan los lamentables errores de que adolece la breve introducción sociológica que hace preceder a la somatométrica. Son inevitables en quienes, por no haber estudiado jamás la sociología musulmana, admiten como axiomas lo que no pasan de ser fábulas pintorescas, confeccionadas para el turista. A esas notas las titula, ampulosamente, «Breve idea de la situación actual de la mujer en el Islam», y en ella abundan inexactitudes como ésta: «Culturalmente, puede decirse que la ignorancia es un hecho consustancial con la parte femenina de este pueblo. *Ninguna habla el español ni aún siquiera lo comprende. Nada podría hacerse sin la eficaz colaboración de las inteligentes intérpretes*». Nadie que haya vivido la realidad marroquí puede aceptar esta patraña, que equivale a una nueva leyenda negra.

A continuación se inserta la parte antropológica, saturada de contradicciones. Así, por ejemplo, ocurre con la edad. Es difícil precisar este dato entre los marroquíes, pero resulta inadmisibile que se diga que las mujeres estudiadas eran «entre 18 y los 50 años» (página 41), y más tarde «entre 18 y 45 años» (pág. 127). Junto a ello, afirmaciones totalmente gratuitas. Así, cuando se indica implícitamente que no se han buscado ascendencias genealógicas, se tropieza con un rótulo en la fotografía 11 que dice: «Mujer marroquí con abundante sangre negra». Si no se han investigado ascendencias, ¿cómo puede afirmarlo la doctora Robles? Porque, tal vez, la fotografía parece indicar lo contrario. Abundan estas «alegrías» tan poco acordes con la elemental prudencia que la ciencia exige. Ya el título de la obra resulta excesivamente ambicioso. Edificar toda una antropología de la mujer marroquí sobre, tan sólo, 281 observaciones (verificadas en una sola ciudad) es arriesgado, puesto que Marruecos es un país de unos 10 millones de habitantes de diversidad étnica manifiesta y, además, es preciso tener en cuenta que los 281 casos estudiados no lo han sido con sujeción a las leyes del muestreo estadístico.

Por ello es aventurado tratar de presentar un panorama antropológico global de la mujer marroquí fundamentándose en tan exiguas observaciones. Máxime si consideramos que no se ha procedido a un

deslinde regional, precaución conveniente cuando el material étnico es heterogéneo, ni se acude a investigar la ascendencia del individuo en la kabila para eliminar el mestizaje en la masa de datos considerados.

A través de las comparaciones que se citan, resalta la penuria, mejor podríamos decir miseria, de las fuentes documentales consultadas. Tan sólo Portugal, Ifni, Italia, Rusia (judías), España, Francia, Suiza, Bélgica, Alemania y Bulgaria son los elementos comparativos utilizados. Son casi perfectamente ajenos a la órbita étnica marroquí. El fundamentar una conclusión comparando la media marroquí con otra de Suiza o de Bulgaria es altamente arriesgado. Pero así se hace en esta obrita, donde la conclusión 38, por ejemplo, dice textualmente: «Las manos más anchas de todas las mujeres que se han comparado corresponden a las marroquíes y alemanas del Sur». Y ello se basa citando a Portugal, Suiza, Alemania e Italia. O bien resulta ocioso establecer conclusiones como la 40: «La longitud del pie es mayor en las marroquíes que en las italianas», cuando tan sólo se comparan ambas.

Nos abstenemos de referirnos a otros aspectos, a los que cabría oponer serios reparos, para no hacer interminable esta reseña. Obras como la que comentamos no sirven sino para desprestigiar una labor cultural, indudablemente acertada, enfocada al conocimiento del país fraterno.

C. E. A.

SIDNEY R. WELCH: *Portuguese rule and Spanish crown in South-Africa, 1581-1640*. D. D. J. P., Ed. Juta & Co. Ltd. Cape Town and Johannesburg, 1950; VI + 634 págs.

Sidney R. Welch, desde 1930, en que publicó una serie de importantes documentos inéditos relativos a Sud Africa y Africa Oriental, ha venido dedicando especial atención a los estudios históricos concernientes a dichas zonas africanas. Y, en sus últimas publicaciones, con referencia y alusión, bien determinadas, a la gestión colonizadora europea. En el libro que nos ocupa, trata de la obra realizada por los portugueses durante los sesenta años comprendidos entre 1581-

1640, y como es lógico, también de la presencia del espíritu hispánico, patentizada por la actuación de los representantes y delegados del Rey español, y a través de la acción portuguesa, regida por la común Monarquía hispánica. El autor pone buen cuidado en subrayar las afinidades lusoespañolas, que hicieron posible la unión de sus esfuerzos encaminados a la incorporación espiritual de nuevos pueblos, con ejemplar colaboración y eficacia. La empresa evangelizadora que llevaron a cabo fraternalmente ambas naciones ibéricas, sus grandes aventuras geográficas, se evidencian una vez más, con la información que este libro proporciona. Y también las discrepancias entre ellas surgidas a través de los años de su comunidad, se reflejan en la vida colonial descrita. La política conciliatoria iniciada por Felipe II fué truncada bajo Felipe IV, por el Conde-Duque de Olivares. El ardiente patriotismo de los portugueses deseaba recobrar su libre personalidad nacional, y las incidencias y fricciones políticas culminaron con la presencia en aguas portuguesas de la Armada española, al mando del almirante Oquendo, que parecía alentar los rumores acerca de los propósitos de anexionarse Portugal, violentamente, que abrigaba España. Y en 1640, cuando ésta se halla en el ápice de su esplendor cultural y el prestigio de la monarquía española es enorme (hasta el extremo de considerar Campanella en su obra *De Monarchia Hispanica*, publicada en Amsterdam en dicho año, que «el rey de España puede ser llamado rey del mundo»), es entonces cuando se separan las coronas de Portugal y de España. Y es aun un portugués, Francisco Manuel de Melo, quien hace historia de la guerra de Cataluña, promovida por el mismo espíritu de incompreensión y violencia del Conde-Duque.

Las fundaciones establecidas en torno al río Zambeze y sus yacimientos argentíferos; las expediciones heroicas cruzando el país de los zulús, entre los cuales había de perder la vida, más tarde, el hijo de Eugenia de Montijo; el progresivo apaciguamiento de los instintos belicosos de los indígenas y el establecimiento de misiones de dominicos y jesuítas; la piratería inglesa; la difícil neutralidad de Santa Helena; los servicios sociales en Mozambique y Angola; todos los problemas políticos y económicos del Africa del Sur y del Africa Oriental en la época de sus primeros contactos con el mundo civilizado, hasta el crítico y desdichado año 1640; toda la intensa vida de las tierras que contempla el fabuloso Kilimanjaro, aparece

reflejada en el libro de Sidney R. Welch con gran claridad y exactitud históricas, y con una copiosa y fácil aportación de datos complementarios, anecdóticos, muy sugestivos, que contribuyen a definir el rico cuadro que nos ofrece de un tema de singular interés: un acontecer hispánico en un insólito escenario hacia el que, a despecho de su positiva importancia, raras veces se proyecta la atención de nuestros estudiosos.

C. E. A.

NOTICIA DE LIBROS

